

f á t i m a m i r a n d a

“Hija de una *sensibilidad etnomínimal* (...) su música incita a la *plenitud de los sentidos*, y para ello recurre a cuanto de bello, que es mucho, guarda en su arsenal (...) Todas las obras de Fátima son un mundo asombroso en el que el *cuchicheo de estrellas* se acerca al murmurar de lenguas ya muertas, y en el que los cantos de desespero se alían con los de sentido común y los de sabiduría para llegar a reírse, solazarse o llorar. (...) El canto te relega a un mundo de magias, y ese mundo se nos viene encima sin remedio(s) cada vez que Fátima nos lanza por la brecha de la boca su muy peculiar *chorro de ídolos* (...) para pintarnos frisos de intensa emoción, eso sí, siempre inquietante, pues la música de Fátima contiene un virus de acción inestable y de efecto zozobante, ya que parece tocar lo más oculto de los adentros. (...) el cantar-niño de Fátima es vientre de vidas que, misteriosamente nos taladran, tocan nuestros vacíos, o mejor los producen con su voz *troquel* para hacerlos respirar, para llenarlos de secreto y de soplo. Pues hay sonares, los de Fátima, que en llegando nos trabajan y laboran durante tiempo, madurándonos, llenándonos de *virtus* y sutilezas. (...) La capacidad de metamorfosis entre voz y realidad es tal que (...) la voz de Fátima (...) dándonos vueltas al tiempo, nos hace oír hacia atrás, cargando de incertidumbres y colapsos nuestra escucha: ¿dónde estoy?, punto de partida de todo filosofar/filosofar. (...) Cantar para Fátima Miranda es lanzar piedras (en lo hondo de un pozo o en la paella de un charco) y dejar que el cosmos resuene y baile o llore, según. Para la *intiFátima*, el canto es intifada: Barricada y Diana que, cargando las músicas de hoy de nuevas oralidades, es capaz de hacer acatarrar y hasta enmudecer a las superficiales propuestas de la “new age” y a las vetustas impostaciones de repertorio. (...) No es inocuo que a su garganta lo único que le interese sea la realidad, pero para cantarlo con la intensidad del insomne que agarra cada pliegue, cada superficie, con las yemas sin piel de un cante que sube y baja por mercuriales alturas de horno y hielo. ”

Llorenç BARBER
Matador, E, Madrid, 2002